

Raúl Montero Bustamante

(1881-1958) Ensayista, crítico e historiador. Director de la Revista Nacional entre 1938 y 1955.

Introducción

por Fernando Aguerre

Al incorporar en este número un texto de D. Raúl Montero Bustamante, la revista *Humanidades* hace realidad un antiguo deseo del Consejo Editorial, el de poner a disposición de los lectores algunas páginas escogidas de escritores y pensadores uruguayos olvidados ¹. La oportunidad de este homenaje la ofrece la publicación de las conferencias que integraron las Jornadas sobre el IV Centenario del Quijote. De esta manera, como cierre de los estudios que se presentan en este número, se incluye un texto extraído del segundo tomo del “Homenaje a D. Raúl Montero Bustamante” publicado por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la Academia Nacional de Letras, en el año 1955. En el prólogo de ese tomo, Dardo Regules dice que Montero Bustamante era “la expresión esclarecida de una generación: la generación de 1900” ². Por más que describir el proceso histórico de una cultura por el esquema de sus generaciones puede resultar una excesiva simplificación del asunto, y lo mismo podría decirse de la inclusión en ellas de sus figuras más representativas, no puede negarse que permite ofrecer en cada caso las notas fundamentales que la definen ³. Anotaba Regules que el común denominador de aquella generación había sido:

Realizar una verdadera liberación del pensamiento frente a los ídolos dominantes. A la exaltación romántica había sucedido el enclaustramiento experimentalista, y aquella generación rompió los odres, y derramó los vinos, con impaciencia y con desafío, como toda empresa que realiza una ambición de libertad. En

¹ El Consejo Editorial no hizo otra cosa que reafirmar el deseo expresado por un hombre exquisito, ya desaparecido, que desde su anonimato patrocinó esta revista, y a quien de alguna manera se rinde también homenaje con este texto.

² Regules, Dardo. Prólogo, Homenaje a Raúl Montero Bustamante Selección de sus Escritos Literarios e Históricos, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay-Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1955, p. CXVII.

³ Cfr. Regules, Dardo. Prólogo, Op. cit.

filosofía se restableció la posibilidad de la metafísica. En literatura, bajo el signo de los decadentes y de los simbolistas, se sustituyó el naturalismo experimental por un nuevo realismo, pero libre y revelador. En derecho y sociología se preparó la valorización del hombre como sujeto y protagonista de una comunidad, fundada en la moral y dirigida hacia la justicia. Y un ensanchamiento de todas las bases intelectuales del pensamiento dio a aquella generación su filosofía y su destino”⁴.

Fue Raúl Montero Bustamante profesor de Literatura y de Historia Americana y Nacional en la Universidad de la República. En la actividad literaria se distinguió desde muy temprano, integró los grupos juveniles que al llegar al 900 formaron una avanzada literaria de renovadores, incursionó en la poesía y en la épica; su madurez se reveló particularmente en el ensayo y en la prosa histórica. Dirigió la “Revista Literaria” y la “Revista Vida Moderna”, y fue director honorario de la “Revista Nacional” por casi veinte años, de 1938 a 1955; en estas publicaciones plasmó sus ideales, y sus escritos son hoy material obligado para cualquier investigación seria sobre la historia intelectual del país. Desde 1909 a 1914 ejerció la redacción de “El Bien Público”. Fue corresponsal literario de “La Prensa” de Buenos Aires por veinticinco años. Ejerció la presidencia de la Comisión Nacional de Bellas Artes durante varios períodos, que señalan etapas de excepcional creatividad en el campo de las artes plásticas. Desde el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la Academia Nacional de Letras, de las que fue presidente y miembro de número, ejerció una cátedra magistral, conforme a su vocación humanista. Fue un verdadero maestro en el arte del ensayo. “En el ensayo realiza su vocación, define su filosofía y expone su técnica literaria”, se afirma en el prólogo citado⁵.

En el conjunto de los grandes exponentes de la generación del 900, la obra de Montero Bustamante manifiesta una permanencia que va más allá de su estilo. Apunta Regules con singular acierto: “El humanismo que sirvió la generación de 1900 mientras sólo reveló un ideal culturista, sin más destino que la cultura misma, está muerto hace tiempo. Pero el humanismo que replanteó ... (*Montero Bustamante*), el problema del hombre, en su totalidad real, tiene vigencia, aún en las horas oscuras que no dejan los signos visibles de la orientación”⁶. Es en esta clave que deben leerse las páginas que siguen sobre “La muerte de Don Quijote”. 🍷

⁴ Regules, Dardo. Prólogo, Op. cit., CXIX

⁵ Regules, Dardo. Prólogo, Op. cit. p. CXXXIII.

⁶ Regules, Dardo. Prólogo, Op. cit. p. CXXXIX.

La Muerte de Don Quijote

El médico que llamaron los amigos de Don Quijote de la Mancha al considerar que el enfermo caballero no “dejaba sus tristezas”, y llegado parecía “su fin y acabamiento”, le tomó el pulso, el cual no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, el enfermo atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro.

Oyó el paciente el dictamen del físico “con ánimo sosegado” y rogó luego “que le dejasen solo, porque quería dormir”, y, cuando todos se salieron de la estancia, durmió seis horas, que parecieron ser, para él, récipe de salud moral y sobre todo, término de su peregrina locura.

Cuando despertó ya no era el andante caballero. Habíanse desvanecido, como tramoya de teatro, las quimeras que llenaron su cerebro, y él mismo había abandonado el disfraz de Don Quijote para volver a ser de nuevo don Alonso Quijano el Bueno, siquiera por los tres días que aun permaneció el citado en este mundo. ¡Pobre don Alonso, que sólo volvió a serlo para anunciar su recobrada cordura, confesarse, dictar su testamento, abominar de los libros de caballería y morir tan sencillamente después de las azarasas hazañas y aventuras del héroe que, el escribano que dio testimonio de su última voluntad y asistió a su agonía “dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiera muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote”.

¿De qué murió, pues, Don Quijote de la Mancha? Quien lo lanzó al mundo escribió que, “ya fuese la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura”. El físico dijo “que melancolías y desabrimientos lo acabaron”. Su escudero Sancho Panza conjuró a su señor, en el lecho de su agonía, a que no se dejase morir. “No se muera Vuesa Merced, señor mío, le dijo, sino tome mi conejo, y viva muchos años porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía”.

¡Calenturas, melancolías, desabrimientos! ¿Pudo esto concluir con quien los había afrontado, desafiado y vencido tantas veces en su continuo y duro batallar? ¡Calenturas! ¿No las experimentó, en innumerables ocasiones, como remate de sus malaventuradas empresas el valeroso caballero? ¿No fueron la natural consecuencia de los palos que con el astil de su propia lanza le propinó, cobardemente, aprovechando la caída de Rocinante, el mozo de mulas en la frustrada aventura de los mercaderes toledanos que iban a comprar seda a

Murcia; de la descomunal batalla con los gigantes que las malas artes del sabio encantador Frestón convirtió en molinos de viento; de los estacazos con que, aprovechándose de su superioridad numérica, molieron al inerme caballero caído los desalmados yangüeses, como epílogo de una inocente aventura equina entre Rocinante y una manada de hacas galicianas; de las puñadas que el bárbaro arriero, en medio de la oscuridad de la noche, dio al lisiado paladín en la venta que la afiebrada imaginación de Don Quijote convirtió en castillo roquero; de las pedradas y golpes con que Ginés de Pasamonte y los demás galeotes de la cadena pagaron a su libertador el haberlos salvado de sus grillos?

¡Melancolías! Pero, ¿no las tuvo y hondas, sin que se quebrantaran su ánimo ni su energía en aquellos días en que, a la manera de Amadís de Gaula cuando, con el nombre de Beltenebros se retiró a hacer penitencia a la Peña Pobre para llorar desdenes de su señora Oriana, lo hizo él también en las asperezas de la Sierra Morena y, sin más vestido que carnes y pañales, discurrió entre riscos y breñas, dando zapatetas en el aire y calabazadas por los peñascos, repitiendo estas confidencias que son la verdadera oda de la melancolía: “este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán a la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh, vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis la morada: oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura!...” Y dio fin a sus angustiadas quejas con esta invocación y amoroso reclamo: “¡Oh, Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura: así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe!”.

¡Cuán honda melancolía no cogió también a Don Quijote cuando el ingenio de Sancho Panza logró encantar a la señora de sus pensamientos, y convirtió a Dulcinea del Toboso en aquella labradora carirredonda y chata, que olía a ajo, lo que le hizo exclamar: “Yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asienten las flechas de la mala fortuna” y caer en tan honda tristeza, que el propio Sancho tuvo que decirle: “Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias”. Y ¡cómo se le exacerbó esta tristeza cuando, al bajar de la cueva de Montesinos, luego de haber visto

al desdichado caballero Durandarte tendido sobre su túmulo, dando hondos suspiros y diciendo tristes endechas, aunque vacío en el pecho de corazón, pues que se lo había arrancado para entregárselo a Belerma, que discurría con la entraña del paladión en las manos, topó con la propia Dulcinea, que vagaba, también hechizada, por aquel misterioso país, con las quinientas encantadas criaturas que mantenía allí el sabio encantador Merlín!

¡Desabrimientos! No fue otro el pan de cada día del desventurado caballero, no obstante la gloria de sus hazañas. ¿No lo fueron, acaso, sus redoblados reveses, las malas pasadas que le jugaron magos y hechiceros, y aun aquéllas en que tomaron parte torpes y groseros malandrines, y sus mismos parientes y amigos, como la del auto de fe en que fueron víctimas de sus amados libros de caballería, y la del encantamiento del propio Don Quijote cuando regresó a su aldea, enjaulado, flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno y conducido en un carro de bueyes, “a dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corren”, como él lo confió a su escudero? Y, ¿qué mayores desabrimientos, por fin, que la rebelión de Sancho Panza cuando el escudero, para defenderse de los azotes que pretendía darle su amo con el objeto de apresurar el desencantamiento de Dulcinea, “dio con él en el suelo boca arriba mediante una zancadilla; púsole la rodilla derecha sobre el pecho”, le cogió las manos y obtuvo, mediante sus villanas fuerzas, la promesa de que su amo, so pena de morir, no le azotaría; y, sobre todo, aquel otro que sufrió y resistió Don Quijote al ser vencido en la playa de Barcelona por el caballero de la Blanca Luna, que no era sino el Bachiller Sansón Carrasco, y sentir sobre la visera de su casco la punta de la lanza de su adversario, que sólo pudo arrancarle esta viril queja y esta estoica súplica: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado el honor”?

Castigo mayor que la muerte impuso el vencedor a Don Quijote, que fue obligarle a retirarse por un año a su casa y abandonar, hasta que él se lo mandare, el ejercicio de la andante caballería. Este fue el más tremendo sacrificio que pudo hacer el loco caballero, y el más duro y mortal de los desabrimientos, al punto que, poco fue para él la humillante aventura cerdosa en que se vio, con su escudero y cabalgaduras, atropellado y pisado por una piara de cerdos, pues en esta ocasión, al requerirle Sancho la ya inactiva espada a fin de vengar la afrenta matando media docena de aquellos animales, le dijo: “Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que a un caballero andante vencido le coman adivas, le piquen avispas, y le hollen puercos”. Porque, ¿cuál otro castigo, cuál otro

sacrificio pudo ser mayor para Don Quijote que aquel de privarlo del ejercicio de la andante caballería que, de tal manera le dominaba y enajenaba, que nada existía ya para él como no fueran sus quimeras e imaginaciones? Y, sin embargo, no solamente no le acabó el desabrimiento, sino que aceptó estoicamente el castigo y el sacrificio, y aun fue ello motivo de que su grandeza de ánimo, su magnánimo corazón, su inquebrantable fe, su noble e inagotable fantasía dulcificaran aquel a modo de destierro con nuevas y bellas imaginaciones.

Porque, luego de aquellos seis días que pasó Don Quijote en su lecho, “marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación con el desdichado suceso de su vencimiento” hasta exclamar en su angustia: “antes me conviene usar la rueca que la espada”, partió de Barcelona, acompañado de Sancho, él caballero sin armas, su escudero a pie conduciendo de la brida al rucio cargado con los arreos caballerescos de su amo y señor, y si al pasar por el sitio del combate en que fue vencido, mirando la ingrata arena, dijo con elegiaco acento: “Aquí fue Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas: aquí para jamás levantarse”, habiendo hecho camino adelante, al llegar al paraje donde ya habían tropezado con un grupo de pastores y pastoras que querían renovar e imitar allí la pastoril Arcadia, fue ello bastante para que la fantasía del caballero hallara motivo de exaltación y para que sus pesares encontraran sosegado y dulce remanso.

—“¿Qué te parece, oh Sancho, —dijo entonces volviéndose a su escudero—, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido? Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoril ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor, Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornocos, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos”. Y luego de soñar con que integrarían la feliz Arcadia el bachiller Sansón de Carrasco, a quien llamarían el pastor Sansonino o el pastor Carrasquino; el barbero maese Nicolás, a quien llamarían el pastor Niculoso; el licenciado

Pero Pérez, el cura, a quien llamarían el pastor Curiambro, y con las pastoras, de quienes sería señora y reina la desencantada Dulcinea del Toboso, concluyó con estas palabras que tienen la serenidad, el encanto y la gracia virgiliana con que el pastor Títilo consuela, en la égloga primera, al desterrado Melibeo: “¡válame Dios y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar a nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas y qué de rabeles!”

¡Calenturas, melancolías, desabrimientos! No fueron éstos los que concluyeron a Don Quijote de la Mancha. Murió el caballero de enfermedad esencial: lo mató la realidad, tremendo mal, verdadera pasión de ánimo que, acaso también, más que la hidropesía, fue lo que dio término y acabamiento a la melancólica vida de Cervantes, el padre y creador del señor de la Mancha.

El largo sopor que borró del cerebro de Don Quijote la divina locura le asestó también el golpe de muerte. Pronunció entonces el caballero su mortal sentencia. Replicando a sus amigos, que pretendían detenerlo en el mundo con el señuelo de su loca caballería, les dijo estas palabras que fueron de su *De Profundis*: “Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; yo fui loco y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”.

¿Podía el buen Alfonso Quijano, el mísero hidalgüelo que había vivido entre los fantasmas quijotiles, recobrada la razón, reanudar la vida gris y sin más horizonte que los muros de su casona, las tapias de su corral, las callejas de su aldea y la árida llanura manchega? ¿Podía el que, cubierto de hierro, había corrido el mundo, de aventura en aventura, de castillo en castillo, sentándose a la mesa de duques y señores y llenando la tierra con el eco de sus hazañas, resignarse a vestir nuevamente la ropilla de pardo vellorí, su sayo de velarte y sus calzas de velludo; a comer olla por la mañana, salpicón por la noche, lentejas los viernes y palomín de añadidura los domingos? Y, ¿podía, sobre todo, avenirse a vivir otra vez en la ociosidad y en la oscura condición de que le había sacado su demencia?

El sueño le devolvió la cordura, mas ay, no le dio los medios de resistir la congoja que le produjo, la comparación de la realidad circundante que contempló desde su mísero lecho, con aquel fabuloso mundo de la caballería en que había vivido enajenado y embelesado, vestido de todas las armas, embrasada la rodela, empuñada la lanza, apercebida la espada, caballero andante, *milites aurati*, el pensamiento puesto en Dios y su dama, presto siempre a desfacer entuertos, a defender al débil, a enderezar sinrazones, a cobrar

agravios, a amparar doncellas, a proteger viudas y huérfanos, a luchar por el honor, por la justicia, por el bien, por la gloria, ya fuere con los hombres o con encantadores y hechiceros o con gigantes y endriagos.

Verdad es que sobraron discretas razones al caballero para aceptar la milagrosa curación de su locura: desde luego las de orden religioso que le hicieron bendecir a Dios y agradecer su misericordia por haberle devuelto el juicio, y pedir confesor; luego las que le llevaron, a manera de ejemplo, a abominar de los libros de caballería; en seguida las que le inclinaron a regocijarse porque, recobrada la razón, ya no dejaría renombre de loco; después las de orden utilitario que le hicieron testar y disponer a su guisa de su flaca hacienda, con lo cual sus legatarios, no obstante sus lágrimas y suspiros, se sintieron consolados, pues, como lo dice Cervantes, que fue un tremendo e implacable hurgador del corazón humano, desde entonces “comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto”.

Mas, en el fondo de su alma, Don Quijote, no obstante las juiciosas reflexiones que le dictó la recobrada razón, no pudo olvidar aquello que dijo a la sobrina y a los amigos cuando, antes de la tercera salida, lo creyeron curado: “Caballero andante he de morir”. Y al verse desposeído de la dorada espuela de la gloriosa cimera, cumplidos sus humanos deberes, cayó en aquel desmayo que le tendió “de largo a largo en la cama” y que se repitió hasta que la piadosa mano de la muerte terminó con él.

Don Quijote de la Mancha murió, pues, de pasión de ánimo al ver desplomarse la máquina de ensueño, la fábrica de hechicería, la tramoya de magia que había creado su enferma imaginación y que él, secretamente, no se resignaba a perder. Comprendió, sin embargo, que nada de eso cabía en la realidad ni en edad “tan detestable” como en la que había comenzado a ejercer el oficio de caballero andante.

Y es aquí donde empieza el símbolo, el oculto significado de su muerte y el misterio de su resurrección. Ya había dicho él, en uno de sus sabrosos discursos, que los caballeros que en su tiempo se usaban, antes les crujían los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se vestían, que la malla con que se armaban. “Ya no hay caballero, clamó entonces, que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo y armado de todas las armas, desde los pies a la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado su lanza, sólo procura descabezar, como dicen el sueño, como lo hacían los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña; y allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces

proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroja en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo o ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos sino en bronces. Mas, ahora, concluye, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica práctica de las armas; que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros”.

¡Cuán honda verdad ocultan estas reflexiones que, a manera de loco delirio, puso Cervantes en boca de Don Quijote! Bien se dice que los locos suelen decir verdad. Y si Don Quijote lo fue, y es, de ellos, el *héroe* a la manera de Carlyle, recordemos que el escritor inglés dice que, si examinamos como corresponde a estos héroes, podemos penetrar hasta la misma esencia de la historia del mundo.

¿No está, acaso, oculta la esencia de la España del Quijote en esas palabras del Ingenioso Hidalgo? ¿No es ésta una página de historia esencial en que se anuncia la decadencia que caía sobre el imperio concluido en el reinado de Carlos V y del segundo Felipe? ¿No se advertía ya, no obstante los resplandores del florecimiento de las letras y de las artes y el fastuoso lujo de la Corte, que el sol de los Austrias comenzaba a declinar? Felipe III, embriagado por la molicie y las suntuosas fiestas de palacio, entregado a las manos de validos rapaces y sin conciencia, era incapaz de evitar las exacciones y latrocinios de ministros y favoritos, la corrupción administrativa, el desenfrenado tráfico de los cargos de estado, el relajamiento de las costumbres, la despoblación del reino agravada por la expulsión de los moriscos, la decadencia de la industria, la miseria del pueblo aumentada por las torpes intervenciones monetarias, las desgraciadas empresas militares en el mar y en la tierra, el abatimiento del espíritu caballeresco y de aventura que había movido hasta entonces, desde los caudillos hasta el más humilde soldado de los gloriosos tercios españoles.

Sin duda por ello, inflamado el ánimo de Don Quijote ante el recuerdo de los grandes paladines que vivieron en la realidad, y para los cuales el rey Don Alfonso el Sabio hizo escribir aquel título de las Siete Partidas que trata “De los Caballeros, e de las cosas que les conviene facer”, que tan sabrosas y peregrinas pragmáticas contiene, cayó en aquella magnífica y absurda evocación de fabulosos caballeros andantes, capaces cualquiera de ellos de

poner raya al turco que en aquellos días amenazaba a la armada del rey. “Si no, exclamó Don Quijote, dígaseme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián, quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia, quién más bravo que Rodamonte, quién más prudente que el rey Sobrino, quién más atrevido que Reinaldos y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su cosmografía?”.

Dice Baltasar Gracián en “El Discreto”, que es “sagaz anatomía mirar las cosas por dentro”. Si hemos de seguir el consejo de este autor que, empleando sus mismas palabras, no es “uno de estos que por hablar culto, habló a oscuras”, fuerza es ver que esta arenga de Don Quijote tiene mucho de alegoría y de símbolo. Cervantes fue, sin duda, cómplice del Ingenioso Hidalgo, y por labios de éste habló el valiente soldado del tercio de don Miguel de Moncada que combatió como un héroe en Lepanto en la galera de Juan Andrés Doria, e hizo luego las expediciones de Levante, Navarino y Túnez en las galeras de Marco Antonio Colonia; el cautivo caballero de Argel que conspiró contra el rey Azán; el guerrero del tercio de Lope de Figueroa que luchó en Portugal en las huestes del duque de Alba, e hizo las dos expediciones a las islas Terceras con don Álvaro de Bazán; el caballero que, después de sus campañas, heridas, prisiones y pesares no logró favor ni fortuna, acaso porque, como dice Fernán Pérez de Guzmán del marqués de Villena, el hombre que miraba los astros, “sabía mucho en el cielo e poco en la tierra”. Y me viene el recuerdo de Villena, porque a él se asemeja Don Quijote en la pérdida de sus libros de caballería, pues si a él se los quemó el cura y el barbero, al príncipe de Aragón le mandó quemar los suyos, su primo, el rey Don Juan.

Mas, dejemos a Cervantes y volvamos a Don Quijote y a sus alegorías. Esos caballeros que hacían crujir los damascos y los brocados de sus ricos trajes y no los arneses de guerra, ¿no eran los ociosos y ávidos cortesanos del duque de Lerma, de don Rodrigo Calderón y del conde de Villalonga, los validos de Felipe III que saqueaban el reino y abominaban de la pasada grandeza? Esos otros que dormían a cielo descubierto, apoyados en la lanza, ¿no eran los caudillos de la Reconquista, los conquistadores de Flandes, de Italia, de Francia; los que llevaron los pendones castellanos por todos los campos de Europa, los que montaron los galeones de la Armada Invencible y las galeras de Lepanto? Ese pequeño bajel sin remos, sin mástil y sin jarcias,

¿no simboliza las carabelas de los descubridores que se internaron en el océano tenebroso para dar un nuevo mundo a la corona de España? Y, por fin, esa galería de andantes caballeros que Don Quijote arrancó de los libros que ardieron en el corral de su casona, ¿no tienen también otros nombres en la realidad de la historia? ¿No está allí la flor de la caballería, el héroe español, ya ciña corona real o se toque con casco de hijodalgo y empuñe la Colada o la Tizona; ya sea caudillo o aventurero; ya vista el hábito de los maestros de Santiago o Calatrava u ostente las armas de los condestables de Castilla; ya levante la insignia de los Almirantes y adelantados del reino o el pendón de los comuneros; ya se llame Pelayo o Berenguer, Alfonso VI o Rui Díaz de Vivar, Jaime el Conquistador o Don Álvaro de Luna, Fernando e Isabel o Don Gonzalo de Córdoba, Carlos V o Juan de Padilla, Felipe II o don Juan de Austria, Álvaro de Bazán o Hernán Cortés, Fadrique de Toledo o Francisco Pizarro?

Se ha dicho que la imaginación es el órgano de lo divino, y que “el hombre, aunque basado en la apariencia sobre el estrecho dominio de lo Visible, se prolonga en las infinitas profundidades de lo Invisible, invisible, de que su vida es, además, verdadera expresión objetiva”. ¡Cuántas cosas invisibles rodean a los hombres y a los pueblos sin que los sentidos las adviertan, como no sea aquel sobrenatural sentido interior que nos revela su existencia y aun nos permite ponernos en comunicación y dialogar con lo que suponemos sombras y son realidades! En esa infinita profundidad de lo invisible es donde se condensa la potencia espiritual que hace grandes a los pueblos y les permite superar las más tremendas crisis de la historia.

De esas profundidades de lo invisible despiertan, al conjuro de Don Quijote de la Mancha, los heroicos recuerdos y las esencias históricas de España que parecen dormir en las antiguas ciudades amuralladas y en las aspilleradas torres de los castillos feudales, en las viejas catedrales y colegiatas, en los venerables sillares de los monumentos románicos, góticos y platerescos, en los palacios muzárabes y mudéjares, en los entablamentos de Juan de Herrera y Juan de Toledo, en las pinturas y tapices que penden de los muros de los reales alcázares, en los cuadros del Greco, de Velázquez, de Pantoja de la Cruz y de Valdez Leal, en las esculturas del Berruguete y de Montañés, en los miniados códices del medioevo, en las antiguas leyes del reino, en los fueros y privilegios de las ciudades, en las primitivas crónicas y los infolios escolásticos, en las capitulaciones de los descubrimientos, en los romances, cantigas, coplas y poemas de los juglares y poetas.

Todas estas realidades y esencias es lo que echaba de menos Don Quijote a través del disfraz de sus alegorías y de sus fabulosos caballeros. Poseído de

esta grandiosa visión cerró los ojos, y cayó en aquel largo sopor que le devolvió la razón para quitarle en seguida la vida mortal.

Mas, el caballero de la Mancha, en lo que tiene de esencial, de racial, de castizo, y de épico, sólo murió en apariencia. A la muerte, que llegó serenamente a la humilde alcoba de Alonso Quijano el Bueno, y enfrió sus mortales despojos, sucedió la resurrección de Don Quijote, resurrección de que él mismo había hablado, poco después de ser vencido, cuando, platicando a campo abierto, en medio de la oscuridad de la noche con su fatigado escudero, le dijo: “Duerme tu, Sancho, que naciste para dormir, que yo nací para velar”, y lanzó en seguida, a la soledad, aquellas tristes, cuasi endechas reales, en las que, luego de confesar que va corriendo a la muerte, llevado del mal del amor, dice el caballero:

Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída,
La que conmigo muerte y vida trata!

La muerte tornó a dar vida a Don Quijote, y desde entonces discurre por las subterráneas galerías y los invisibles caminos de España, por donde anda también todo aquello grande y permanente de que él es alegoría y símbolo. Mientras tales sombras frecuenten los caminos de la historia, la raza, el idioma, la cultura, la vida del espíritu, la ambición del ideal, el culto del honor, la libertad, el derecho, la justicia podrán sufrir eclipses y quebrantos; pero volverán luego a imponer su soberano imperio.

Don Quijote vive y vela en el reino de lo invisible. En el airón de su yelmo resplandece la llama del ideal, de su armadura esplende el fulgor del espíritu y de su espada la fuerza de la justicia. Esa es la inmortalidad que ha alcanzado el andante caballero, para gloria de España, de su fe, de su lengua, de sus letras, de Cervantes y de la humana estirpe. 🍷